Alimentos para el cuerpo y para el alma

Ayer por la mañana hacía frío, olía el campo a hierba fresca y en las hojas de los naranjos temblaban las gotas de rocío. Ya todo el Prado de Otoño parecía Navidad y nosotros subíamos por la senda hacia el cortijo. Sinombre, yo te daba a ti compañía y tú caminabas despacio cargado de naranjas. Como si fuéramos a Belén a llevarle un regalo al Niño. Todo tú eras perfume de naranjas y mi corazón palpitaba viéndote tan primoroso. Te miraba y me decía: “No hay borriquillo en el mundo que tenga más gracia que tú ni existe carga más deliciosa que las mandarinas que llevas acuestas.” Antes de llegar al cortijo se te cayeron tres naranjas y, de entre la hierba mojada, las recogí yo. Pelé dos de ellas, una para mí y otra para ti, y la tercera me la guardé en el bolsillo. Se la di a la niña al llegar al cortijo y, al cogerla de mis manos te miró, se abrazó a tu cuello y me dijo:
- Gracias por traerme alimento para el cuerpo. Veniros ahora conmigo que vamos a por una carga nueva de alimentos para el alma. Los paisajes de invierno del Prado de Otoño ya están preñados de este manjar.
¡Qué cosas tiene esta chiquilla!

Y nos fuimos con ella, su nueva amiga y el mastín del pastor. Como si se tratara de una excursión al fin del mundo. Cruzamos los álamos del arroyo y nos asomamos al rellano de la gruta del belén. Ahí estaba el pastor de las cumbres esperando y al vernos dijo:
- Ya está todo preparado. Cuando queráis empezamos.
Nos pusimos nosotros, todos a una, a construir el chozo para el belén. Tú arrastrabas los palos que yo te enganchaba, la niña traía monte, su amiga nos acompañaba, el mastín del pastor vigilaba, el pastor levantaba el chozo y yo sujetaba las ramas. Por la hierba del rellano brillaba el sol y entre las ramas del manzano cantaba el mirlo. Algo más arriba pastaban las ovejas. La niña de nuevo dijo:
- Este juego nuestro es alimento para el alma y también calor para el corazón.
Me acordé de la Princesa, de Bandolero y eché de menos a los que no saben nuestros nombres pero a nadie dije nada.

Al mediodía nos paramos a comer y el pastor, de su zurrón, sacó pan de la montaña, bellotas de las encinas, chorizo de matanza y madroños de los bosques de las cumbres. Yo puse sobre la hierba nueces del Prado de la Viña, manzanas de la cañada azul y mandarinas del rincón del naranjal. La niña sacó de su cesta las aceitunas aliñadas, almendras de los almendros viejos y dulce de membrillo. Te miró y dijo:
- Borriquillo de caramelo, esta golosina es para ti porque te la prometí.
Tú no pusiste nada para compartir. Solo tu presencia y las miradas claras de tus ojos negros. El mastín del pastor observaba y la amiga de la niña decía:
- Cuando se lo cuente a mis amigos no se lo van a creer.

Compartimos los alimentos y luego te fuiste a la orilla de la acequia. Bajó la niña al charco azul para enseñárselo a su amiga y el mastín se quedó en el rellano, junto al chozo, mirándolas. El pastor y yo nos fuimos a por más ramas para la cabaña de Navidad y al poco te oímos rebuznar. Mirabas al río y nos mirabas a nosotros. Por entre los sonidos de la cascada oímos las voces de la niña que nos llamaba y decía:
- Gracias por compartir conmigo la mañana, el sueño de la Navidad y resplandor que los paisajes regalan. Bajad corriendo que aquí tengo una carga nueva de alimento para el alma.
Sinombre ¿sabes qué te digo? Que si la niña no existiera, si no existieras tú y si no existiera este Prado de Otoño, ni tendrían perfume las naranjas que traías en tu lomo hace un rato ni sería azul el cielo ni la Navidad sería tan mágica. Vamos corriendo que la niña se está perdiendo por entre la bruma de la cascada.

Autor: José Gómez Muñoz
Calle: Vicente Callao, 7
Tlf: 958 185252 691 36 05 67